

EXAMEN

DEL JUICIO CRÍTICO DE LOS PRINCIPALES POETAS ESPAÑOLES DE LA ÚLTIMA ERA, OBRA PÓSTUMA DE DON JOSÉ HERMOSILLA, I DADA A LUZ POR DON VICENTE SALVÁ EN VALENCIA, AÑO DE 1840.

(Continuacion.)

SALVÁ.—Aquí me tiene Ud. puntualísimo i dispuesto a llevar a cabo la demostracion....

HERMOSILLA.—No me rompa Ud. la cabeza con mas demostraciones: diga de una vez si quiere encargarse de la impresion de mi obra, que es el punto que dejamos pendiente.

S.—¿Con que segun eso, insiste Ud. en el propósito de echarla a volar por esos mundos de Dios con su nombre i apellido en la portada?

H.—Sí, señor; con mi nombre i apellido. ¿No ve Ud. que una crítica anónima tiene visos de sátira, i yo quiero dar a mi obra la apariencia de doctrinal, i como un complemento práctico de mi arte de hablar en prosa i verso?

S.—Ya veo, amigo, que es Ud. incorregible. Yo creí haber convencido a Ud. en nuestra pasada conferencia de que sus juicios son apasionados e injustos, i de que esta ciega parcialidad aparece clara en cada página, en cada línea de su juicio crítico. ¿I aun tiene Ud. el empeño de que esa mala fé se haga pública, i caiga sobre Ud. una lluvia de folletos, donde salgan a relucir el arte de hablar, la traduccion de Homero i el Jacobinismo, que felizmente gozan de profundo descanso en los almacenes de la imprenta? Yo suponía que despues de nuestra conversacion, hubiera hecho Ud. algunas enmiendas, reformando aquellos juicios de mas palpable injusticia, i suprimiendo muchos de los reparos pueriles con que tizna a Melendez, i que Ud. se vió obligado a confesar por tales.

H.—¿Enmendar i suprimir? Nada ménos que eso: no pienso quitar ni una coma. Verdad es que convine con Ud. en que a veces

anduve algun tanto escrupuloso; pero tambien lo confieso en mi obra, i doi en seguida mis descargos.

S.—¡Ah, pecador impenitente! ¿Dónde está esa confesion, que no recuerdo haber leído?

H.—Véala Ud. aquí (páj. 249.)

S.—A ver, (leyendo) “ELISA ENVIDICSA (Melendez.)

Cuiden de realzar su lustre.

“Contraccion durísima de las dos vocales *e-a*, que deben pronunciarse con separacion. Para que haya verso, es necesario leerle como si estuviese escrito.

Cuiden de *ralzar* su lustre.”

Déjeme Ud. suspender por un momento la lectura, que quiero salir con un tapaboca al encuentro de este reparo.

Leucónoe, si los números caldeos....

Este es un verso de Moratin, en el cual, si ha de merecer tal nombre, hai que hacer una violenta contraccion de las vocales *o-e*; de manera que es preciso leerlo así:

Leucone, si los números caldeos....

Pregunto: ¿es igual el caso?

H.—De modo.... que.... sí.... parece....

S.—No tiene Ud. que cansarse: los ejemplos son idénticos. Ahora sigo leyendo.

“Talvez me dirá alguno: Ud. es demasiado ríjido. Si los poetas no se toman esas licencias ¿cómo han de hacer buenos versos? Respuesta: como los hizo Moratin, en cuyas obras no se encuentra *una sola* de las innumerables incorrecciones i licencias de prosodia que se permitió Melendez. I éste es el gran mérito de aquel insigne poeta. Hacer sonoros versos atropellando las leyes de la gramática, i alterando arbitrariamente la prosodia usual de las voces, no es ciertamente difícil. La dificultad consiste en hacerlos magníficos, llenos de grandes ideas, sin ripios, en un lenguaje purísimo, correcto, propio i verdaderamente poético, i sin tomarse una sola licencia, que no esté autorizada por el uso de los buenos escritores.”

¿Conque esta es la confesion i los descargos? ¿Conque Moratin es el modelo de los modelos, i el tipo de la perfeccion, en que no se encuentra ni un solo pecado venial en órden al rigor prosódico, a la pureza i correccion del lenguaje, a la magnificencia de la versificacion, i a cuantas dotes constituyen la excelencia de la mas alta i sublime poesía? Amigo, no hai paciencia para

leer encomios semejantes. A ellos solo puedo contestar que vaya Ud. respondiendo a estas preguntas:

¿Hacer a *Leucónoe* voz de tres sílabas no es la misma licencia de prosodia, que la de Melendez cuando hace de dos a *realza*?

¿Es lenguaje purísimo el de: *Mas difíciles somos, etc.*? ¿Es locucion propia decir

la ciudad famosa
A quien del Ebro la corriente baña,

en vez de *la cual*, como prescribe la gramática?

¿Son versos magníficos

I a Diomedes, mas fuerte que su padre....
De los suyos. Oh Dios Omnipotente....?

¿No es un ripio miserable el del Olimpo i *sus centellas*?

¿No es prosa ramplona

Habiéndole comido el patrimonio....?

¿No atropella las leyes de la gramática el que hace concertar adjetivos masculinos con un sustantivo femenino?

H.—¿Dónde? ¿Cuándo?

S. - En un epigrama, cuyos primeros versos son los siguientes:

Ves esa repugnante criatura,
Chato, pelon, sin dientes, estevado, etc.

¿Una criatura *chato*, una criatura *pelon*, no son por ventura concordancias mas que vizcainas?

¿Es idea grandiosa llamar a un sucio coche-simon de los tiempos pasados *máquina opulenta*?....

H.—Eso ya lo advierto yo en su lugar, i digo que la voz *opulenta* vino allí arrastrada por el consonante (paj. 29.)

S.—No era mui difícil dar con el adjetivo *mugrienta* que le le venia pintiparado. Fuera de eso, el que Ud. lo advierta no abona el desatino.

H.—Nó; pero prueba mi imparcialidad.

S.—Esa, no hai duda, es admirable. Vamos siguiendo.

¿No es lenguaje, no solo incorrecto, sino absurdo, el de esta copla en que termina uno de sus romances:

I cuando mi patria logre
La felicidad que espera,
Su nuevo Augusto hallará
Marones que le *celebran*?

en lugar de decir *que le celebren*, de modo que el pícaro asonante le obligó a estampar que los Marones, que todavía no han venido al mundo, le están ya celebrando?

H.—Tambien ese disparate i falta gramatical están anotadas por mí terminantemente (páj. 80.)

S.—¿Conque en suma, Ud. advirtió i censuró la impropiedad en la máquina opulenta i la no ménos grave de los futuros Marones?

H.—Sí, señor, i sino, vea Ud. las páginas citadas.

S.—¿Pues de ese modo cómo tiene Ud. valor para decirnos que en las obras de Moratin no se encuentra *una sola incorreccion, licencia, ni ripio, i que todo es purísimo, magnífico i correcto*? ¿No es esto contradecirse Ud. groseramente?

H.—Nó, por cierto; una u otra excepcion no destruyen la regla jeneral, i pocos lunares no afean un rostro hermoso.

S.—Podrá ser así; pero de un rostro que tiene pocos lunares, no se puede decir que no tiene ninguno. Bien es verdad que para Ud. sus lunares son primores i las composiciones mas triviales, no solo las elojia como portentos del arte, sino que las encarece como empresas de suma dificultad, columbrando en ellas misterios recónditos, que solo existen en su alucinada fantasía. Tal es, por ejemplo, la oda a Jovellanos, obra de mui corto mérito, reducida a una docena de expresiones cortesananas, i escrita en un metro facilísimo i de poca gracia, el cual supone Ud. que es una invencion peregrina con que aumentó Moratin una nueva cuerda a la lira española.

H.—Si Ud. es de esa opinion, tendrá a bien permitirme que yo prefiera la del mismo Inarco, quien lo dice terminantemente en una nota, añadiendo que aquel metro de invencion suya, es una imitacion de otro latino.

S.—¿De cuál de ellos?

H.—Eso no le expresa Moratin; pero yo presumo que del asclepiadéo o mas bien del exámetro (páj. 38.)

S.—Para examinar ese punto, será preciso que copiemos un trozo de la oda susodicha. Dice así:

Id en las alas del raudo céfiro
Humildes versos, de las floridas
Vegas, que diáfano fecunda el Arlas,
A donde lento mi patrio rio
Ve los alcázares de Mántua excelsa.
Id i al ilustre Jovino, tanto
De vos amigo, caro a las Musas,
Para mí siempre númen benévolo,
Id, rudos versos i veneradle.

tando no sé qué especie de metro romano. Estos, lo que Ud. presenta como una invencion singular, ponderando *la facultad con que manejaba Moratin la lengua i cómo jugaba con las dificultades que de intento buscaba i sin esfuerzo vencía.*

H.—Lo dije i lo repito.

S.—Luego veremos qué gran invencion esta i qué dificultades ofrece. Entretanto diremos algo sobre la versificacion latina, a que mas se asemeja.—¡Ud. se inclinó al verso asclepiadéo, i en efecto, si tienen semejanza con alguno, es con este! Los versos

Id en las alas del raudo céfiro

Mæcenas, atavis edite regibus

forman a nuestro oido una cadencia, sino idéntica, mui aproximada. Así, no alcanzo cómo reformó Ud. su opinion, diciendo que remedaba mas bien el exámetro latino.

H.—Lo dije, porque el mismo verso castellano, careado con el segundo de Horacio:

O et præsidium et dulce decus meum!

no me sonaba ya de igual modo.

S.—Por disonante que a Ud. le pareciese, no sé cómo pudo Ud. descubrir la mas leve conformidad entre el verso de Moratin i el exámetro, cuando para echar de ver la enorme diferencia que media entre uno i otro, no hai necesidad de acudir ni a las reglas prosódicas ni al testimonio del oido, pues basta la simple vista.

Id en las alas del raudo céfiro (Versos de Moratin.)

Oye pío, responde grato, censura severo (Exámetro.)

A fin de que se note mas palpablemente la desproporcion, he puesto un exámetro castellano; pero compuesto de voces tan latinas, que sin mas que una leve alteracion en las desinencias, se convierte en un verdadero exámetro latino.

H.—Ya veo que el uno es mucho mas largo que el otro.

S.—¿No lo ha de ser? El primero no tiene en rigor mas de diez sílabas i el segundo quince: i si los medimos por piés, como lo hacian los romanos, el exámetro tiene seis i el asclepiadéo cuatro.

H.—No se canse Ud. mas: ya veo que dije un disparate; pero mi equivocacion nada tiene que ver, ni con el mérito de la invencion, ni con la dificultad de la estructura, que, como dije, supo vencer Moratin sin esfuerzo.

S.—Para esclarecer ese punto, quisiera que me dijese Ud. si tiene por difícil el verso de cinco sílabas, como los de aquella fábula de Iriarte:

Vió en una huerta
Dos lagartijas
Cierta curioso
Naturalista.

H.—No me parece de una gran dificultad.

S.—¿I si fuesen sueltos o libres?

H.—¡Oh! Estando exentos de la traba del asonante, los considero facilísimos.

S.—Pues para que lo estén los cuatro citados, convertiremos las lagartijas en alacranes, diremos:

Vió en una huerta
Dos alacranes
Cierta curioso
Naturalista.

H.—Bien; ¿pero qué tiene eso que ver con el punto que ventilamos?

S.—Una friolera: como que toda la invencion de Moratin está reducida a escribir en un renglon dos versos de cinco sílabas, convirtiéndolos en uno de diez.

Vió en una huerta dos alacranes
Cierta curioso naturalista....
Id en las alas del raudo céfiro
Humildes versos de las floridas....

¿Le parece a Ud., si con tan peregrina invencion le quedarian hirviendo los sesos, i tendria que comerse las uñas para vencer las dificultades que representa?

H.—Hombre.... sí.... hasta cierto punto....; pero no acabo de convencerme de la perfecta conformidad de esos cuatro versos. El primero de Moratin veo que termina en una voz esdrújula que no existe en ninguno de los otros.

S.—Creí que no ignoraba Ud. que un esdrújulo al fin de verso no altera su naturaleza ni se toma en cuenta el aumento de la última sílaba.

H.—Es verdad, no me acordaba.

S.—De todos modos, para que aparezca mas patente la identidad, pondremos en lugar de *alacranes* una voz esdrújula; v. g.

VERSOS DE CINCO SÍLABAS.

Vió en una huerta
Varios cernícalos
Cierta curioso
Naturalista

Id en las alas
Del raudo céfiro,
Humildes versos
De las floridas

INVENCION DE MORATIN.

Id en las alas del raudo céfiro,
Humildes versos de las floridas
Vió en una huerta varios cernícalos
Cierto curioso naturalista.

¿Está Ud. convencido?

H.—Iguales parecen. Vea Ud. ¡quién habia de imajinar que todo el misterio estaba reducido a poner en un renglon dos versos de cinco sílabas, que son tan antiguos i manoseados! ¡Toma! Como que Moratin mismo tradujo en ellos la oda de Horacio *Integer vitæ*, diciendo:

El que inocente
Su vida pasa,
No necesita
Morisca lanza.

S.—Cierto; ahí lo tiene Ud., ponga esos cuatro versos en dos líneas, quíteles el asonante i está todo hecho.

El que inocente su viva pasa
No necesita morisco dardo.

Dígame Ud. ahora si esto es haber añadido una cuerda a la lira castellana i si resplandece la modestia de Moratin en la indicada nota.

H.—En efecto, ya no me parece tan admirable la invencion, aunque me tomaré tiempo a fin de meditar sobre la exactitud de las observaciones de Ud.

S.—Pues para eso, i para ensayarse Ud., si gusta, en hacer versos iguales, le daré a Ud. la receta que de intento traigo en el bolsillo.

RECETA.

Toma dos versos de cinco sílabas
De aquellos mismos que el buen Iriarte
Hizo en su fábula lagartijera,
Forma de entrambos un solo verso,
I esto repítelo, segun te plazca.
Mezcla si quieres, que es fácil cosa,

Algun esdrújulo de cuando en cuando.
Con esto solo, sin mas fatiga,
Harás a cientos versos magníficos,
Como estos míos, que estás leyendo.
Así algun día los sabios todos,
Los Hermosillas del siglo próximo,
Darán elogios al digno invento,
Ora diciendo que son exámetros,
O asclepiadéos, ora que aumentas
Con nueva cuerda la patria lira,
No hallando en Córdoba laurel bastante,
Con que enramarte las doctas sienas.

H.—Poco a poco, señor don Vicente. Eso es ya burlarse de mí, i por muchos ensanches que se den a la amistad que nos une, no creo que deba Ud. emplear, ni yo sufrir, semejantes bufonadas. Aquí dió fin nuestra conversacion i venga mi manuscrito.

S.—Vamos, no se enfade Ud., que esto es una broma, i a fin de desenojarle voi a referirle un caso gracioso que me sucedió hace pocos dias con uno de mis chicos. Estando éste leyendo la traduccion, que Ud. acaba de recordarme, de la oda de Horacio, *Integer vitæ*, me dijo con mucha formalidad:—Papá, ¿qué especie de arma antigua era la que los romanos llamaban *fusco*?—Hombre, le contesté, yo no tengo noticia de tal arma.—Yo imagino, me replicó, que *el fusco* vendria a ser a manera de un tridente, o acaso de un chafarote.—¿Pero en qué te fundas? ¿Dónde se hace mencion de ese instrumento?—Aquí, en la primera estrofa de una oda de Horacio, traducida por Moratin:

El que inocente
Su vida pasa,
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos, ni aljaba
Llena de flechas
Envenenadas.

—Majadero, le dije yo, ¿no ves que ese *Fusco* es el nombre propio del sujeto a quien Horacio dedicó la oda? — ¿I yo en qué lo podia conocer? Metido entre las armas, lo tuve por una de ellas, i si ciento lo leen, otros tantos lo interpretarán del propio modo. Entónces volví a leer la estrofa, i viendo el lugar que ocupa aquel nombre, conocí que el muchacho tenia razon.

H.—¿I qué quiere Ud. decir con eso?

S.—Que Moratin no acertó a colocar el tal vocativo en términos que apareciese con la debida claridad su pensamiento.

H.—Cierto que el reparo es de importancia. Ya se ve, a falta

de otros mas graves, tiene Ud. que acudir a fruslerías, que pueden llamarse mui bien escrúpulos de monja.

S.—¿I no es de monja el escrúpulo de Ud., cuando aparenta escandalizarse de los besos, de que habla Melendez en la oda o idilio *Al sueño*, dados ¿a quién? ¿a una rosa? (página 270). Fuera de eso, tenga Ud. por seguro que si nos pusiéramos a examinar una por una las obras de Moratin, con la detencion i malignidad con que Ud. repasa las de Melendez, descubriríamos defectos de mas bulto.

H.—A fé que no encontraria Ud. ni arcaismos, ni trasposiciones violentas, como en Melendez i sus secuaces, que desfiguran el idioma sembrándole de voces anticuadas.

S.—Tambien Moratin las emplea cuando le acosa la necesidad, como allá: *No vos ofende*, i despues

Suele el cultor acumular los frutos.... (página 112).

Ya ve Ud. que ahora decimos: *No os ofende*, i él lo hubiera dicho tambien si no quedara manco el verso. En órden a la voz *cultor*, en lugar de agricultor, sucede lo mismo: se valió de la primera (que es anticuada i como tal la califica la Academia) por no haber podido acomodar la segunda. Por lo relativo a trasposiciones, no hai quizá ninguno de nuestros poetas que las haya usado mas violentas ni con profusion mas destemplada.

H.—¿Qué es lo que Ud. dice? ¿Hai acaso escritor cuya diction sea mas natural i castiza, ni que mas respete las leyes gramaticales? Es cuanto me quedaba que oír.

S.—No hai que acalorarse. Ud. sabe mui bien que una de las excelencias de la lengua castellana es la gran facilidad que permite para alterar i combinar de mil modos la colocacion de las palabras; pero tampoco ignora Ud. que hai algunas que forzosamente han de ocupar un lugar determinado i no pueden trasponerse.

H.—Eso es clarísimo: por ejemplo el relativo *cuyo*, como que siempre se ha de aplicar al sustantivo que mas próximamente le precede, no sufre trasposicion que le aleje del mismo.

S.—Es mui cierto: i tenga Ud. presente esa observacion, porque mas adelante tendremos que recordarla. Entre las voces que no admiten trasposicion, se encuentran en primer lugar los títulos o dictados que anteceden a los nombres propios, como “Frai Pedro ha muerto,” “Don Juan está en Segovia.”

H.—Así es, no se puede decir, “Frai ha muerto Pedro,” “Don está en Segovia Juan.”

S.—En la misma regla se comprenden los artículos, los adjetivos numerales, los demostrativos i algunos mas: v. g. “El paño es bueno—un terno me ha caido—este caballo relincha.”

H.—En efecto, nadie puede decir: “El es bueno paño—un me ha caido terno—este relincha caballo.” Hasta aquí estamos acordados.

S.—Bien está: pues sin embargo algunos de nuestros poetas han solido divorciar las indicadas voces intercalando otras palabras i aun frases enteras; pero lo han hecho rarísima vez, i en ocasiones en que un sentimiento profundo autorizaba esta licencia, pues ya sabe Ud. que la pasión se explica en frases cortadas e interrumpidas con exclamaciones, las cuales en cualquier lugar del período tienen entrada libre i colocacion oportuna. Así lo hizo Rioja, o sea Rodrigo Caro, al empezar su canción a las Ruinas de Itálica, diciendo:

*Estos, Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora
Campos de soledad*

Tan notable osadía contra las leyes del buen lenguaje, no solo merece disculpa en este caso, sino elojio, por ser oportunísima para infundir desde luego en el lector el mismo sentimiento que inspiró al poeta la vista de la destruccion de aquel gran pueblo.

H.—Es mucha verdad, i ahora me acuerdo de que Moratin suele emplear la misma trasposicion alguna que otra vez.

S.—¿Cómo alguna que otra vez? Le cayó tan en gracia, que acaso no hai una sola composicion suya, en que no se encuentre, llegando a tal extremo el abuso de esta licencia, que suele usar de ella dos i mas veces en un centenar de versos.

H.—Vamos, vamos; eso ya es mucho exajerar.

S.—Para que vea Ud. que no exajero, citaré las que me ocurren.

*Si ya depuesto el que brilló indignada
Rayo fulminador*

(Al nacim. de la cond. de Chinch.)

*Cuántas debe gozar la patria un día
Mercedes altas*

(Ibid.)

*Los que el furor de sus voraces mónstruos
No deformó, cadáveres desnudos.*

(Oda a Trafalgar.)

*O los que al mundo
Naturaleza dió males crueles*

(Epíst. a Rodrig. Laso.)

*I los que devastó furor impío
Feraces campos*

(Oda a Suchet.)

En la que va a crecer floresta umbría.

(Ibid.)

*Del que guardaste
Con cien candados Cécubo oloroso*

(A Póstumo.)

*Si alguna inflama
Purã centella del poder divino.*

(Al nacim. de la cond. de Chinch.)

*I la que osada desde el Nilo al Bétis
Sus águilas llevó prole de Marte....*

(Epíst. a Jovellanos.)

*A los que ya de estrellas se coronan
Abuelos suyos....*

(A la marquesa de Villafranca.)

*Ese que aduermes en ebúrnea cuna
Pequeño infante....*

(Ibid.)

*Estos que formo de primor desnudos
No castigados de tu docta lima,
Fáciles versos....*

(Ibid.)

Esa que veis llegar máquina lenta....

(Son. a Clori.)

*Esta que me inspiró fácil Talía
Moral ficcion....*

(Ded. al princ. de la Paz.)

Estos que levantó de mármol duro

Sacros altares la ciudad famosa. (Soneto al Pilar.)

Me parece que bastan los ejemplos apuntados para probar a Ud. que no ha sido ponderacion mia; que el empleo frecuente de unas mismas formas i jiros poéticos, arguye pobreza i hace amañado el estilo; i sobre todo, que ese respeto a los fueros del idioma, esa correccion esmerada, esa sobriedad en el uso de licencias i trasposiciones atrevidas, no son tales como Ud. las encarece.

H.—Del modo con que Ud. presenta sus citas, reuniéndolas todas en un monton, es claro que han de producir mal efecto en el oido; pero en su propio lugar le hacen mui bueno, i hasta ahora no he oido que hayan chocado a nadie.

JUAN NICASIO GALLEGO.

(Concluirá.)



UNA SATIRA DE HORACIO.

(Sunt quibus in satira.)

HORACIO DELIBERA CON UN AMIGO SOBRE SI DEBE ABSTENERSE DE COMPONER SÁTIRAS

HORACIO.

Mis versos unos de crüeles tachan,
I de pasar los límites me acusan
Del sarcástico jénero: los otros,
Tibios i flojos mis escritos llaman,
I dicen que en un dia hallarse pueden
Mil versos no inferiores a los mios.
¿Qué debo, pues, hacer? Hablad, Trevacio.

TREVACIO.

—Quedar tranquilo.

HORACIO.

—¡Cómo! ¿que renuncie
Por completo a escribir?

TREVACIO.

—Es mi dictámen.

HORACIO.

¡Pues muera si eso no es lo mas prudente!
Mas . . . ¡no podré dormir!

TREVACIO.

—Los que desean
Dormir profundo sueño, amigo Horacio,
Frótense el cuerpo con süave aceite,
I una, dos i tres veces por el Tiber
Crucen a nado; con añejo vino
Calor adquieran en seguida i fuerza;

Mas, si el sagrado númen os arrastra,
Cantad del César los heróicos hechos;
Que así merecereis noble corona.

HORACIO.

¡Amadísimo padre! mis potencias
No en proporcion están con mis deseos.
No todos pueden describir las huestes
Erizadas de dardos, ni a los galos,
Sin piedad destrozados, ni a los Parthos,
Moribundos al pié de sus corceles.

TREVACIO.

Al justo, al fuerte César, a lo ménos,
Cantad como a Scipion cantó Lucilio.

HORACIO.

Lo haré cuando oportuno el tiempo sea;
Entónces solo, al preocupado oído
Del gran César irán los pobres versos
De Cayo Horacio Flaco. ¡I que no adulen
Torpemente al monarca, pues la entrada
Les negara, prudente, en sus oídos!

TREVACIO.

¡Oh sí! Vale mas eso que cruelmente
Del bufon Pantolabo hacer escarnio
O bien del disoluto Nomentano!
Quien por sí mismo teme, a todos odia,
Aunque nadie lo hiera.

HORACIO.

—¿Por ventura
Puedo dejar de hacerlo? Apénas siente
Milon que el vino a su cabeza sube,
Ve que las luces bailan i a la danza
Con delirio se entrega. Entre caballos
Castor la vida pasa. El pujilato
Es de su hermano el predilecto goce:
Hai, por fin, tantos gustos como hombres.
A mí me agrada en cadenciosa frase
Encerrar las palabras, cual Lucilio,
Mas razonable que nosotros. Este,

A sus tablas de cera en otro tiempo,
Como a fieles amigos confiaba
Sus secretos, ¡ triste o desgraciado,
No las dejó jamás. Su vida entera
Se encuentra en ellas, pues, cual se hallaría
En un votivo cuadro. Yo, nacido
Ignoro si en Lucania o en Apulia,
Pues el Venucio labrador trabaja
En una ¡ otra tierra; yo lo imito.
Es fama que allí mismo los romanos,
Espulsado el Sabino, se situaron
Para impedir que entrase el enemigo
Por indefensos sitios, ya la guerra
El Apulio moviese, ya el Lucano.
Mas en mis versos, no sin justa causa
Ofenderé a ninguno. Ellos tan solo
Prontos a protegerme estarán siempre,
Como el acero que en la vaina duerme.
¿A qué desenvainarlo, mientras viva
Léjos de insulto, de enemigos léjos?
¡Oh rei ¡ padre Júpiter! ¡Perezca
Mi espada carcomida por el moho,
I mi dulce descanso nadie turbe!
¡Ai de quien me provoque! (¡Le valdria,
Por cierto, mucho mas, no provocarme!)
¡Llanto le costará; verá su nombre
Por toda la ciudad escarnecido!

Cervio, a las leyes irritado insulta;
Canidia, hija de Albutio, a cuantos odia
Con veneno amenaza; negros planes
En su puesto de juez, Turio medita;
Cada uno a medida de sus fuerzas,
Al que le inspira desconfianza ataca:
Lei imperiosa de Natura es esta.
El toro hiere con el cuerno, el lobo
Con afilado diente; ¿por qué causa,
Sino porque son esos sus instintos?

Confiad su madre al disoluto Sceva:
Nada temais de sus *piadosas* manos.
¡Cosa admirable! ¡que ni el lobo ataque
Con las uñas, ni el buei a dentelladas!
Así, Sceva a la anciana dará muerte
De cicuta ¡ de miel con mezcla infame.
En fin, Trevacio amigo; ora me espere
Tranquila senectud, ora la muerte
Sus negras alas a mi lado bata;

Ora rico, ora pobre; ya en mi patria,
Ya en el destierro, si lo quiere el hado;
Sea duro o dichoso mi destino,
Versos escribiré.

TREVACIO.

—¡Mísero jóven!
Temo no vivais mucho. Un poderoso
Puede heriros de muerte, caro amigo,
Con palabras glaciales.

HORACIO.

—¡No lo temas!
Cuando escribió Lucilio en este jénero
Para arrancar la máscara embustera,
Que velaba de algunos el cinismo
Con radiante apariencia; cuando Lelio
Un justísimo apodo dió a Cartago,
A Cartago vencido: ¿por ventura
Contra ellos protestaron? ¿Reclamaron
Por Metelo ofendido, o por las burlas
Hechas a Lupo en majistrales versos?
Nó, Trevacio; apesar de que con todos
Se ensañaba Lucilio i sus azotes
Al plebeyo i al noble castigaban:
Ménos a la virtud i a sus sectarios.

Scipion el virtuoso, el sabio Lelio,
Alejarse solian del bullicio
Aliviando sus hombros de la toga;
I miéntras se cocian las legumbres
Amables i tranquilos platicaban.
Las musas, es verdad, i la fortuna
Me han protejido ménos que a Lucilio;
Mas, ha de confesar la envidia misma
Que el favor de los grandes gocé siempre.
Si el envidioso diente morder quiere
En mi mas débil lado, ha de romperse
Sin fruto alguno; a ménos que disientas,
Docto Trevacio.

TREVACIO.

—A la verdad no encuentro
Nada que contestaros. Sin embargo,
Prudencia os aconsejo: de las leyes

La ignorancia no os traiga algun conflicto.
Siempre tened presente que “si acaso,
Malos versos contra otro álguien escriba,
Hai juicio i pena.”

HORACIO.

—¡Malos versos, sea!

¿I si ataca un poeta en *buenos versos*
I los aprueba el César? ¿I si acosa
Un honrado escritor a un miserable?

TREVACIO.

Con aplausos entónces i con risas
Las tablas de la causa harán pedazos
Los jueces, i dirán: marchad absuelto.

Enero de 1876.

JUAN R. SALAS E.

¡POBRE FLOR!

Una noche me desperté sobresaltado al oír junto a mí un suspiro de infinita ternura, uno de aquellos suspiros que encierran en sí todo un idilio de amor i amargura. Miré por una i otra parte, buscando el desgraciado sér que tan suave i tiernamente lloraba su suerte; mas no ví a nadie. Creí seria ilusion. Se oye tanto suspirar en la vida, me dije para mí, que no es raro que la ilusion nos engañe durante el sueño. Mas, a poco rato, el mismo suspiro i, si cabe, de modulacion mas dulce i de mas profunda tristeza. Nó, no hai duda, álguien sufre i suspira junto a mí; i buscando i pensando quién podria ser el que así se lamentaba, solo ví una pobre Flor que al acostarme habia dejado a mi lado.

Las flores no suspiran, las flores no sufren, me dije, el sufrimiento es triste i exclusivo patrimonio del hombre.

¡Ah! ¡cuán engañado estaba! Era la Flor, la pobre Flor la que

así suspiraba; i solo vine a salir de mi engaño, cuando ¡cosa mas rara aun! la oí dirijirme la palabra....

¿En qué idioma me habló, con qué voz?.... no lo sé.... Mas esta corta i sencilla historia me contó la Flor:

“Eramos dos hermanas. Lanzadas a la vida en un mismo instante i adornadas de suaves i bellos colores, por algun tiempo creimos ocupar las mas felices pájinas del libro de las Flores.

“El mismo sol vivificó nuestro cáliz, el mismo rocío refrescó nuestros ardores i la misma brisa llevó nuestros aromas confundidos.

“Por la tarde, en esa hora de dulce tristeza, de tierna melancolía en que el mundo se cubre con la media luz del crepúsculo, inclinadas sobre nuestros tallos, suspirábamos de amor, porque las flores no son como los hombres, su vida es el amor i sin amor no hai para ellas vida.

“La hermosa que cuidaba de nuestra existencia amaba, o mas bien, creia amar a un enamorado mozo que, como nosotras, pobres flores, con alma sencilla i pura habia dado por ese amor toda su cándida fé.

“Una tarde.... ¡aun la recuerdo con dolor!.... la altiva belidad i el ardiente galan, entrelazadas las manos i confundidas las miradas, se juraban *eterno amor* (aquí creí oir en medio de la oscuridad el eco de una risa.... ¿reirán tambien las flores?....)

“La jóven tronchando, sin imajinar quizá que mataba una existencia, el tallo en que bella i galana se ostentaba mi dulce hermana, la dió en prenda de amor a su compañero....

“La callada noche fué mudo testigo de lo que yo sufrí en aquellas largas horas de dolor. A la mañana siguiente el sol secó mis lágrimas i la brisa llevó mis suspiros.... ¡estaba sola!

“¿Qué fué de mi hermana?.... por largo tiempo ignoré su triste fin.

“Una dorada mariposa, libando el néctar de mi cáliz, me dijo callandito un dia: El amor de Constancia, así se llamaba la hermosa, duró lo que el aroma en el cáliz de la flor: nace al ardor del sol de la mañana i lo lleva en su seno la brisa de la tarde.... Tú hermana murió al morir la amorosa fé del jóven.”

Aquí calló la Flor.

A la mañana siguiente su cáliz estaba húmedo.... ¿habria llorado?.... ¡quién sabe!....

ALBERTO UGARTE SOLAR.



LE WILLI.

(IMITACION DE LA POESÍA DEL NORTE.)

(INÉDITA.)

¿Quiénes son el bello jóven
I la vírjen hechicera,
Que en la esmaltada pradera,
Asidos del brazo, van?
Todas las noches, orilla
Del lago, a la misma hora,
Los contempla como ahora
La luna juntos vagar.

Silvestres frutas le ofrece
Ella de suaves olores;
Una corona de flores,
De la frente en rededor,
El la entreteje gozoso:
No hai dudarle un solo instante:
De ella el jóven es amante,
El de la niña el amor.

¿Quién es el jóven?—del bosque
Un cazador—¿Quién la bella?
¿De dó viene? ¿por qué huella
Se escurre cuando se va?
—Nadie alcanza a penetrarlo.
Cual lirio en las aguas crece,
Sobre el lago se aparece,
Huye cual lumbre fugaz.

*
* *
*

—“¿Por qué linda i dulce amiga,
Secretos para mí tienes?
¿Cuál tu casa? ¿de dó vienes?
Dime ¿i tu padre quién es?
Huye el verano, los árboles
Pierden su verde follaje.

¿En esta márjen salvaje
Siempre a buscarte vendré?

“¿Qué humor te lleva a los bosques,
Tímida cierva sin guía?
¿Por qué en la noche sombría,
Como vampiro vagar?
De hoy mas pon término, amiga,
A tu vida siempre errante.
Ven conmigo; soy tu amante;
Déjate dócil guiar.

“¡Mira ese bosque tupido
De altos i verdes nogales!
Los protectores leales
De mi choza en ellos ves.
Vamos allá, amiga mía;
Caza i leche en abundancia,
Fruta de suave fragancia,
Siempre ofrecerte podré.”

I ella:—“¡Audaz, tu lengua enfrena!
Mi padre me dijo un día:
—Seductoras, hija mía,
Cual canto del ruiseñor,
Son del hombre las palabras.
Mas no fies; de veneno
I arterías está lleno
Su voluble corazón.—

“Mas temor de seducciones,
Que confianza en juramentos,
Me inspiran esos acentos.
¿Si te escuchase hoy a tí,
Fuérame fiel i constante?”
El cazador se arrodilla;
—Por la luna sin mancha,
Juróle entónces que sí.

—“¡Oh, cazador, nunca olvides,
Ni violes tu juramento!
Te lo digo; cruel tormento
Llevarás a la verdad.
¡Anatema al que perjura!
Infeliz en esta vida,
En el infierno aflijida,
Su alma infelice será.”—

Así, ella dice i se escapa.
Desde léjos a su amante

Aun saluda, i al instante,
Lijerísima fugó:
El la sigue, mas en vano.
Como brisa perfumada,
Perdióse ella en la enramada;
I triste al jóven dejó.

Por un áspero sendero
El retorna silencioso;
I oye solo el suelo hojoso
Bajo sus plantas crujir.
Pero hácia el lago aun convierte,
Su mirada vagabunda.
¿Por qué en la selva profunda,
Comienza el viento a jemir?

Hierve el lago, la onda muje.
Se abre el líquido elemento,
I una vírjen ¡oh portento!
Del abismo se elevó.
Su figura es blanca rosa,
Que humedece la mañana;
Sútil gasa la engalana,
Como diáfano vapor.

Su voz, amoroso canto,
Murmura:—“Oh jóven ¿qué esperas
Hallar en estas riberas,
De la luna al resplandor?
¿Quizá buscas a la hermosa
Que te atrae vagabunda,
Que de tristeza te inunda,
I rie de tu dolor?

“¿Por qué, oh viajero, suspiras?
¡Cede a mis dulces acentos!
¡No mas cobardes lamentos!
¡Oye mis voz, ven a mí!
Sobre el lago danzaremos.
Si cual ágil golondrina
Rasar las olas te inclina,
O bajar al fondo, dí,

“Te llevaré donde quieras.
De dia oirás mis canciones,
I celestiales visiones,
De noche te arrullarán,
Cuando te entregues al sueño,
En un lecho perfumado

De blancos lirios colgado
Bajo un cielo de cristal.”—

Su velo el viento descorre,
Como el plumaje brillante
De los cisnes, palpitante
Su albo seno apareció.
El jóven baja los ojos,
Mas ella mil vueltas dando,
Se le acerca i va cantando:
—“¡Ven conmigo, cazador!”—

Ya se levanta en los aires;
I a par del íris que uniera
Una con otra ribera,
Vésela entónces brillar
Con los mas gayos colores.
O bien las olas azota,
I parece cada gota
Perla nítida al saltar.

Vuelve el jóven; con tal májia
Se siente el alma embebida.
Iba a lanzarse trepida
Un momento le venció.
Una ola mansamente
Llega a la playa arenosa,
I jimiendo cariñosa
Humilde sus piés lamió.

I luego el alma le embriaga
Con un deleite inefable,
Cual si oprimiérale amable,
Secretamente al partir,
Púdica amante la mano;
Ebrio de amor, él olvida
Sus promesas, su querida;
¡Se lanza al abismo, al fin!

¡I marabilla! en las ondas,
Persigue con firme planta,
A la vírjen que le encanta,
Nuevo objeto de su ardor.
Ya estrecha una blanca mano,
Ya el fuego en sus ojos prende,
Que en otros ojos enciende
Un encanto seductor.

¡Corta dicha! Borrascoso
De súbito ruje el viento;

Cae la nube al momento;
Disipóse la ilusion.
Que el cazador reconoce
A la jóven hechicera
De los bosques, la primera,
A quien dió su corazon.

—“¿Dónde están tus juramentos
De amor constante i fé pura?
¡Anatema al que perjura!
Te lo dije a la verdad.
I eras osado en las ondas
A solazarte, insensato,
Cuando el cuerpo del ingrato
Reclama la tierra ya.

“De inmundo fango cubiertos
Serán tus frios despojos.
¡Ni aun llorar podrán tus ojos!
I tu alma en el dolor,
En ese fresno mil años,
Hallará infernal manida.”—
Así ella dice ofendida;
La oye inquieto el cazador.

El quiere huir; su mirada
Jira en torno vagabunda.
Mas en la selva profunda
Comienza el viento a jemir.
Hierva el lago, la onda muje;
I en medio del torbellino,
Al abismo submarino,
Ella arrastró al infeliz.

Aun hoi, las noches de luna,
Se ven dos sombras errantes;
Ellos son, los dos amantes,
La maga i el cazador.
Mas ella en las olas danza;
I el alma del jóven jime
Bajo el fresno que la oprime,
Vítima ya de su error.

Febrero 25 de 1861.

PIO VARAS.

TRES HISTORIAS.

I.

Qué hombre tan erudito que hombre tan ileno de ciencia debe de ser este vecino, el señor don Inocencio Timbales Serruchillo de la Mostaza Si pudieran Uds. mirar por un instante esa magnífica biblioteca que posee ¡Qué estantes! ¡qué libros! ¡qué encuadernacion! ¡qué pastas! Un mes lleva ya en diligencias de poner los piés en aquel paraiso de literatura Cuérome por fin Don Inocencio hojeaba un precioso tomo junto a una de las ventanas de la sala.

—¿Qué libro es ese, señor don Inocencio?

—¡Bonito pasaje! . . . ¡já! . . . ¡já! . . . ¡já! . . . ¡Salada ocurrencia! ¡já! ¡já! . . . ¡Bravo el *panzon*!

—¿Pero qué es?

—Mire Ud. cómo viene para abajo. . . ¡já! ¡já! . . . Mire, mire Ud. . . . ¡Pobre diablo! . . . Mire Ud. cómo abre tamaños ojos! . . . ¡Patuplum! . . . ¡zas! . . . ¡a la manta!!!

—¿Qué hai señor Serruchillo? insistí sintiendo que la garganta se me atoraba de curiosidad.

Pero don Inocencio no me atendia. Con los ojos clavados en la lámina que tenia delante, reia del bueno de Sancho, que dando a los vientos sus voluminosas asentaderas iba a caer de bruces a la manta de los mal intencionados arrieros. Hube de darle en el hombro dos palmadillas como golpe de mazo.

—Hermosos libros tiene Ud., señor don Inocencio. ¡Qué buenos deben de ser!

Don Inocencio no se movió. Continué preguntando.

—¿I qué libros son aquellos que miro allí con pastas doradas, la inglesa?

—¿Qué se yo, mi amigo? Están en extranjero.

—¡Gran idioma! ¡bello idioma es ese, vida de sanes! ¡Qué gusto tiene Ud. para comprar libros! ¡Pero quiá! ¡*Cours de philosophie*! ¡Viva ese nombre! Es el autor de mas talento que yo conozco ¿I qué librazos son aquellos otros que están tabla por medio mas arriba?

—Son libros de historia, amigo Salerillo.

—Libros de historia Sí, ¡los conozco! allí está César Cantu (la *C* parecia *G*.)—Bravo *gabacho* es ese Cantu por vida de mis abuelos.—¿I cómo se llaman aquellos otros de tapas coloradas?

Pero don Inocencio habia atrapado ya otra lámina del Quijote i se reia a boca llena sin escuchar lo que yo le decia.

—¡Já! . . . ¡já! ¡Diablos! Ya te han safado la mitad de los dientes.—Buenos pulsos tiene ese tunante de ganadero . . .

—¿Qué libros son aquellos señor don Inocencio?

—¡Qué sé yo hombre! . . . Venga Ud. . . . Aquí sí que puede uno divertirse . . . ¿Qué le parece ese viejo largui-puntiagudo que se está agarrando los carrillos a dos manos? ¡Buena le ha ido con la pedrada . . . ¡já! ¡já!

—¡Bonita lámina, vive Dios! Pero yo debo conocer aquellos libros.

Me acerqué. Cojí uno. Leí el comienzo: “Tesoro de los fabulistas o sea coleccion de fábulas de todos los autores, comenzando por el jorobado de Esopo.”

—¡Vayan allá! . . . ¡Tenterías! mentiras mal inventadas . . . ¿Pero quién es éste que acaba de pasar por mis ojos? . . . ¿Don Tomas de Iriarte?—Fabulilla de “El burro del aceitero.” ¿Qué dice? . . .

Me temo que se mosquee
De este cuento quien procure
Juntar libros que no lee.

—¡Por el bueno de San Brito! . . . ¡Esta fabulilla le da medio a medio al buen señor don Inocencio Timbales Serruchillo de la Mostaza! . . .

II.

Mas vuelta la esquina . . . ¡zas! Un protestante me encaja media Biblia por las narices.

—¡Torpe muchacho! . . .

—¡Una Biblia *mi señor mio!* La Sagrada Escritura en lengua castellana.

—Cojí el libro interrogando con ámbas manos en los bolsillos de mi chaleco.

—¿Qué precio?

—Nada, señor, nada, nada.—Yo soi un apóstol del Dios verdadero i quiero sacarlo a Ud. del error, enseñándole la verdad. Le regalo ese libro que la contiene en cada página.

I el que así hablaba era un tunante que trascendia a tabernas i que dejaba asomar tres manojos de pelo por tres distintas aberturas de su sombrero.—Le arrojé su libro.

—Pan que se nos da gratuito en medio de la calle es pan envenenado ¡vive Dios!

—¡Hombre fanático, ignorante, sin principios, de malas ideas,